

que significa todo esto, pero estoy seguro de que en esta casa se encierra algún misterioso secreto que me propongo descubrir pronto.

»No le molestaré con filosofías ni comentarios, toda vez que lo que usted desea únicamente son hechos, tal y como vayan ocurriendo. Esta mañana he tenido una larga entrevista con sir Henry, y tomando por base mis observaciones de anoche, hemos formado un plan de campaña que debe de conducir á algo. No expondré ahora nuestra idea, pero creo poder asegurar que mi próxima carta será curiosa é interesante.»

IX

«Castillo Baskerville, 15 de Octubre.

»Mi querido Holmes: Si durante los primeros días de mi misión me ví obligado á tenerle con escasas noticias, creo que ahora recobramos el tiempo perdido, ya que los acontecimientos llueven á jarros, como suele decirse, sobre nuestras cabezas.

»Terminé mi última carta refiriéndole cómo encontré á Barrymore asomado á la ventana, y ahora tengo mucho más que contar. Creo que el contenido de ésta le sorprenderá mucho. No pude anticipar el giro que han tomado las cosas. En el transcurso de las últimas cuarenta y ocho horas puede decirse, por una parte, que el asunto se ha esclarecido mucho, mientras que, por otra, se ha complicado más y más. En fin, voy á referírsele todo, para que juzgue por sí mismo.

»A la mañana siguiente á mi aventura, y antes de bajar á tomar el desayuno, fuí á examinar la habitación en que estuvo Barrymore durante la noche. Una particularidad pude notar en la ventana de la alcoba, y es que desde ella se domina el páramo mejor que desde ninguna otra de la casa. Entre dos ár-

boles del parque del castillo hay un espacio que permite contemplar el páramo en toda su extensión, mientras que desde las otras ventanas sólo se ve algún trozo. Se comprende, pues, que Barrymore, al dirigirse sólo á aquella ventana, buscaba algo ó á alguien en el páramo. La noche era muy oscura, así que no sé cómo pensaría descubrir nada. Se me ocurrió si tal vez se trataría de una intriga amorosa, lo cual hubiera explicado sus recelosos movimientos y el profundo disgusto de su mujer. Barrymore es bien parecido y de tipo muy apropiado para cautivar el corazón de una sencilla muchacha de aldea. El ruido que sentí después de regresar á mi alcoba, y que á mí me pareció el de una puerta que se abría, podía significar también que Barrymore había acudido á una cita clandestina. Así razoné á la mañana siguiente, y prefiero decirle hacia dónde iban mis sospechas, por más que la evidencia ha demostrado que no tenían fundamento.

»Cualquiera que fuese el motivo de las visitas nocturnas de Barrymore, entendía yo que la necesidad de guardar silencio sobre ellas hasta que pudiera explicárselas á usted era hartamente pesada; así que tuve con sir Henry una entrevista en su despacho y le referí todo cuanto había observado aquella noche. Mis noticias no le cogieron tan de sorpresa como yo esperaba.

»—Ya sabía yo—dijo—que Barrymore andaba por la casa de noche y había pensado hablarle de esto. Más de una vez he sentido sus pisadas que andaban

atrás y adelante, á la hora próximamente que usted señala

»—¿Es entonces que va á esa ventana todas las noches?

»—Así parece. Y si así fuera, deberíamos seguirle para descubrir lo que hace. ¿Qué le parece á usted que haría Holmes si estuviera aquí?

»—Creo que haría eso mismo que usted propone. Seguiría á Barrymore y esperaría á ver lo que hace.

»—Pues queda decidido; lo haremos los dos juntos.

»—¿Pero no le parece que nos oirá?

»—Barrymore es algo sordo. Y aunque no lo fuese, no tenemos más remedio que arriesgarnos. Esta noche velaremos en mi cuarto y esperaremos á que pase.

»Sir Henry se frotaba las manos de gozo. Sin duda aceptaba la aventura con gusto, porque prometía romper la monotonía de esta vida.

»Nuestro común amigo se ha puesto en relación con el arquitecto que trazó los planos para sir Charles, y también con un contratista de Londres. Pronto se reanudarán los trabajos comenzados por el difunto. Han venido de Londres decoradores y mueblistas. Sir Henry tiene grandes proyectos, y se ve que no piensa escatimar dinero ni desvelos para restaurar la grandeza de su familia. Una vez que la casa esté restaurada y amueblada, lo único que la faltará para completar la obra será una esposa. En confianza le diré que es muy probable que no le falte tam-

poco eso, porque sir Henry está muy enamorado de nuestra linda vecina miss Stapleton.

»No obstante, las cosas no marchan tan llanamente como podía esperarse, teniendo en cuenta las favorables circunstancias que las rodean. Hoy mismo ha ocurrido un incidente, tan inesperado como desagradable, el cual ha sido causa de no poco disgusto y perplejidad para nuestro amigo.

»Esta mañana, después de la conversación que acabo de referir acerca de Barrymore, sir Henry se puso el sombrero para salir. Como de costumbre, yo hice lo mismo.

»—¡Pero cómo! ¿Viene usted también, Watson?—preguntó dirigiéndome una mirada escrutadora.

»—Según y conforme—contesté.—Si tiene usted intención de ir al páramo, le acompañaré.

»—Sí, voy al páramo.

»—En ese caso, ya sabe usted cuáles son mis órdenes. Siento ser importuno, sir Henry; pero ya oyó usted cómo me encargó Holmes que no le dejara a usted solo, sobre todo en el páramo.

»Sir Henry puso una mano sobre mi hombro y contestó con agradable sonrisa:

»—Mi querido Watson, Holmes, con todo su talento y toda su perspicacia no pudo prever ciertas cosas que han ocurrido después de nuestra llegada al castillo. ¿Me comprende usted? Seguro estoy de que será usted quien se proponga desvanecer mis esperanzas. Necesito salir solo.

»Fué un compromiso terrible para mí. No sabía

qué contestarle ni qué hacer, y antes de que acertara á decidirme cogió el bastón y se marchó. Quedé meditando profundamente y mi conciencia no estaba tranquila; parecía acusarme por haber permitido, bajo ningún pretexto, que saliera solo. Pensé cuán grandes serían mis apuros si, al regresar á Londres, tenía que decir á usted que había ocurrido alguna desgracia por no haber obedecido todas sus órdenes. Le aseguro que me sonrojé sólo ante la idea de la vergüenza que me causaría el hacer semejante confesión. Tal vez no era todavía demasiado tarde para alcanzarle, y salí inmediatamente con dirección á Merripit-House.

»Recorrí el camino apresuradamente sin ver á sir Henry por ninguna parte, hasta que, por fin, llegué al sitio donde nace el sendero que atraviesa el páramo. Allí, temiendo haber venido en dirección opuesta á la que él tomó, subí á una especie de colina de guijarros, la misma que años atrás fué cantera de granito. Como desde aquella alturita se domina gran parte del páramo, ví en seguida á sir Henry. Estaba en el sendero alfombrado de césped, próximamente á media milla de donde yo me hallaba, y á su lado marchaba una mujer que no podía ser otra que miss Stapleton. Era evidente que se entendían y que la entrevista estaba convenida de antemano. Caminaban con lentitud, engolfados en una conversación que parecía muy interesante. Ella hacía gestos con las manos, como si tuviera grande empeño en sostener lo que decía, mientras que sir Henry movía la

cabeza. Permanecí en la colina quieto sin saber qué partido tomar. Me parecía una grosería el seguirles é interrumpir su conversación, y, sin embargo, era indudable que no cumplía con mi deber si consentía que sir Henry se apartase ni un momento de mi vista. Es muy odioso espiar á un amigo, pero no hallé otra manera de salir de aquella situación. Estuve, pues, observándole, resuelto á sincerarme después para mantener libre mi conciencia. Cierto que estaba yo muy lejos para poder auxiliarle en el caso de que le amenazase algún peligro inesperado, pero creo comprenderá usted que mi situación era difícilísima.

»Nuestro amigo y la joven se habían parado y estaban muy abstraídos en la conversación, cuando noté que no era yo el único que los observaba. Me llamó la atención una manchita verde que ondulaba en el aire, y, volviendo la cabeza, ví que se acercaba Stapleton con su red de mariposas. El naturalista estaba mucho más cerca de la pareja que yo, y parecióme, aunque no le veía bien, que corría hacia ellos. En aquel momento sir Henry cogió la mano de miss Stapleton y trató de atraerla hacia sí. Con el brazo rodeó su cintura, pero ví que la joven se apartaba volviendo la cabeza al otro lado. De pronto sir Henry inclinó la suya, pero la joven levantaba la mano como en actitud de protesta. Un instante después ví que se separaban precipitadamente.

»La causa de tan brusca separación fué Stapleton que corría como un desesperado hacia ellos, siempre

con la eterna y ridícula red verde en el hombro. Colocándose delante de la pareja comenzó á gesticular violentamente, como si no supiera poner término á su cólera.

»Yo no podía figurarme qué significaba aquello. Me parecía que Stapleton injuriaba á sir Henry, y que éste daba todo género de satisfacciones, las cuales iban tomando otro carácter á medida que el naturalista se negaba á aceptarlas. La joven guardaba profundo silencio, hasta que Stapleton hizo una seña á su hermana, y ésta, después de lanzar una mirada á sir Henry, se fué con el naturalista.

»Los gestos iracundos que Stapleton continuaba haciendo me demostraron que también ella estaba incluída en sus furores. Sir Henry los contempló por un momento y regresó por el mismo camino que le había conducido hasta allí. Estaba cabizbajo y parecía el vivo retrato de la incertidumbre y la tristeza.

»Muy difícil era adivinar la significación de todo aquello. Por mi parte me avergonzaba de haber presenciado una escena tan íntima sin conocimiento de mi amigo, y así pensando, descendí de la colina y me dispuse á esperarle en el extremo del sendero. Venía hacia mí sin levantar la vista, rojo de ira y de despecho profundo.

»—¡Hola, Watson!—exclamó.—¿De dónde ha caído usted? ¿Por fin me siguió usted cuando salí de casa?

»Se lo expliqué todo. Cómo había encontrado que me era imposible quedarme en el castillo, cómo le

había seguido y cómo había presenciado todo cuanto acababa de ocurrirle. Al principio sus ojos parecían echar chispas de rabia; pero mi franqueza desarmó su cólera, y por fin lanzó una carcajada ruidosa que tenía mucho de fingida y de triste.

»—Podía haberse creído—dijo—que el centro de un desierto como el páramo hubiera sido bastante tranquilo para poder hablar á solas; pero no parece sino que toda la vecindad ha salido á enterarse de mi declaración amorosa. ¿En dónde había usted tomado asiento?

»—Estaba en la cumbre de aquella colina.

»—¡Qué lejos! No estaba tanto su hermano, ¿verdad? ¿Vió usted cómo se puso al hallarse con nosotros?

»—Sí, lo ví.

»—¿A usted no se le ha ocurrido alguna vez que Stapleton está demente?

»—No, nada le he notado.

»—Así lo suponía. Tampoco yo lo había creído hasta hoy; pero créame usted, Watson, él ó yo deberíamos estar en el manicomio. ¿Qué quejas puede tener de mí? Ya hace algunas semanas que vive usted conmigo, Watson. Dígame francamente: ¿ha visto usted en mí algo por lo que se pudiera sacar en consecuencia que sería mal esposo para la mujer á quien amase?

»—Seguramente que no.

»—Mí posición social es indiscutible; así que las quejas tendrían que referirse á mi personalidad. ¿De

qué acusarme? Que yo sepa, jamás he hecho mal á nadie. Sin embargo, no me permitiría ni siquiera tocar la mano á su hermana.

»—¿Se lo ha dicho á usted?

»—Eso y mucho más. Pocas semanas hace todavía que la conozco; pero le aseguro á usted, Watson, que desde el primer día he comprendido que es ella la única mujer á quien yo podré amar, y por su parte, creo, más aún, estoy seguro de que sería feliz conmigo. Hay algo en los ojos de la mujer, Watson, que habla más claro que sus labios. Pero nunca nos ha dejado estar juntos. Hasta hoy no he tenido ocasión de hablarla á solas. Ella se alegró al verme; pero cuando nos reunimos, no fué de amor de lo que habló, ni por su gusto hubiera consentido que yo hablase. Una y otra vez repetía que este es un sitio peligroso, y que ella no vivirá tranquila mientras yo permanezca aquí. La dije que desde que la he conocido no tengo prisa de marchar, y que únicamente me iría si ella me acompañase. La rogué encarecidamente que aceptara mi mano; pero antes de que pudiera darme una contestación definitiva se presentó Stapleton. Como un desesperado corría y su rostro parecía el de un loco. Estaba lívido de ira, de rabia, y sus ojillos grises lanzaban chispas. ¿Qué hacía yo con su hermana? ¿Cómo me atrevería á sollicitarla viendo que mi pretensión no era de su agrado? ¿Acaso creía yo que, porque era el barón, podía hacer lo que se me antojase? Si no hubiera sido hermano de ella habría sabido contestarle mejor. Pero

sin olvidar el lazo que les une, díjale que no tenía por qué avergonzarme de mis sentimientos hacia su hermana, y que abrigaba la esperanza de que me haría el honor de aceptarme por esposo. Ni con esta declaración se aplacó, y viendo yo que seguía irritado, me incomodé también y le contesté, tal vez con más calor del que debiera, teniendo en cuenta que su hermana estaba delante. Por último, se la llevó como ha visto usted, y aquí estoy yo sin poder comprender el motivo de su extraña conducta. Explíqueme usted, doctor, lo que significa todo esto y le estaré eternamente reconocido.

»Ofrecí dos ó tres explicaciones; pero, francamente, estaba yo tan asombrado como él. El título, la fortuna, la edad, el carácter, la presencia... todo está de parte de la pretensión de sir Henry. ¿Qué más pueden pedir? No encuentro nada, absolutamente nada en contra suya, no siendo la negra sombra que dicen persigue á la familia Baskerville. Que sus pretensiones sean rechazadas tan bruscamente, sin consultar los deseos de la joven, y que ésta acepte la situación sin protesta, me parecía asombroso.

»Pero todos los problemas han sido resueltos esta tarde. El mismo Stapleton se presentó, pocodespués de comer, á dar una satisfacción por lo que había ocurrido durante la mañana. Tuvo una larga entrevista con sir Henry y parece que las paces quedaron firmadas. En señal de que todo queda olvidado, estamos convidados á comer en Merripit-House el viernes próximo.

»—Aun no aseguraré que no está medio loco— dijo sir Henry.—No puedo olvidar la mirada de sus ojos cuando vino hacia nosotros esta mañana; pero tampoco puedo menos de reconocer que me ha dado toda clase de satisfacciones.

»—¿Le explicó á usted su conducta?

»—Dice que su hermana lo es todo para él. Eso es muy natural, y yo me alegro de que comprenda lo que vale. Siempre han vivido juntos, y según declara, ha sido su única compañera; así que la idea de separarse de ella le impresiona muchísimo. Añadió que no se había dado cuenta de que yo la quería; pero cuando se convenció de que así es, y de la probabilidad de que algún día le abandone, el golpe fué terrible; tanto, que en unos momentos no pudo darse cuenta de sus palabras ni de sus acciones. Que sentía muchísimo todo cuanto había pasado, y que ahora comprende que sería por su parte demasiado egoísmo si tratara de impedir el casamiento de su hermana, sacrificando su vida para él. Que de tener que separarse prefería que fuera para unirse con un convecino, pues de este modo no la perdería de vista y casi vivirían juntos; pero que en uno y otro caso siempre sería para él un disgusto muy grande y que necesitaba algún tiempo para ir acostumbrándose á la idea del casamiento. Estaba dispuesto á desistir de toda oposición si yo prometía dejar las cosas durante tres meses en el estado en que se hallan, sin exigir hasta entonces palabra de casamiento. Lo prometí y así quedó la cuestión.

»De manera que se ha aclarado otro de los misterios. Ahora sabemos por qué Stapleton miraba con desagrado á un pretendiente de su hermana, siquiera fuese tan apetecible como sir Henry.

»Y vamos á coger otro hilo que he sacado de tan enredada madeja, ó sea el misterio de los sollozos de la primera noche, los ojos llorosos de miss Barrymore y el viaje nocturno de su marido á la ventana que da al páramo. Felicítame, querido Holmes, pues seguro estoy de que quedará usted satisfecho de la manera como he cumplido mi misión, dentro de la confianza que me dispensó al enviarme aquí.

»Este nuevo problema ha sido resuelto con el trabajo de una sola noche. He dicho una sola noche, pero en realidad son dos, porque en la primera no hicimos nada de provecho. Sir Henry y yo velamos en su cuarto hasta las tres de la mañana, sin que ningún ruido viniera á perturbar el silencio de la noche. Fué una velada sumamente aburrida y melancólica, hasta que acabamos por quedarnos dormidos cada uno en su silla. Afortunadamente no nos desanimamos por tan poca cosa y resolvimos hacer otra tentativa.

»A la noche siguiente apagamos la luz y nos pusimos á fumar. Dieron la una, las dos, las dos y media... ¡Qué largas se nos hacían las horas! Casi habíamos abandonado la tarea por segunda vez, cuando de súbito nos incorporamos en las butacas, escuchando con los cinco sentidos. Acabábamos de oír pasos en el corredor. Indudablemente era Barry-

more; pasó casi rozando con la puerta del cuarto, yendo en la misma dirección de la noche anterior. En seguida abrió sir Henry la puerta y salimos tras él. Nuestro hombre había ya pasado al otro lado de la galería, y el corredor se hallaba envuelto en la más profunda obscuridad. Con el mayor sigilo pasamos á la otra ala de la casa, llegando á la esquina precisamente en el momento en que Barrymore entraba en la habitación donde yo le ví la primera noche.

Con grandes precauciones nos acercamos á la puerta, procurando hacer el menor ruido posible, para lo cual estábamos descalzos. Sin embargo, me parecía imposible que no nos oyera. Afortunadamente el hombre es un poco sordo y estaba muy preocupado con lo que hacía. Cuando por fin llegamos á la puerta, le vimos de pie ante la ventana, con la vela en la mano y la vista fija en el tenebroso páramo, tal como le había contemplado dos noches antes.

»Ningún plan habíamos formado; mas para sir Henry, la manera más acertada de proceder es siempre la más natural. Empujó la puerta y entramos. En cuanto nos vió Barrymore se apartó de la ventana y se quedó mirándonos con ojos de espanto, temblando como un azogado. No sabía qué partido tomar.

»—¿Qué hace usted aquí, Barrymore?—preguntó sir Henry.

»—Nada, señor.

»Tan agitado y confuso estaba, que apenas acertaba á hablar. La vela le temblaba en la mano.

»—Es que las ventanas...—continuó diciendo.—Siempre doy una vuelta de noche para ver si están cerradas.

»—¿También en esta parte?

»—Sí, señor. Recorro toda la casa y examino todas las ventanas.

»—Oiga usted, Barrymore—añadió sir Henry—hemos resuelto averiguar la verdad, y, francamente, creo que lo mejor es que usted la confiese. Conque vamos á ver, nada de embustes. ¿Qué hacía usted asomado á esa ventana?

»—No me lo pregunte usted. ¡Por favor se lo pido, señor! Le aseguro que el secreto no es mío, y, por lo tanto, no puedo revelarlo. Si se tratara sólo de mí, no vacilaría en contestar.

»De pronto se me ocurrió una idea. Cogí la vela del antepecho donde la había dejado el criado, y dije poniéndola junto al cristal:

»—¿Se trataría de hacer señales con ella? Vamos á ver si responden.

»Esforzando la vista, procuré penetrar aquella negra obscuridad. En aquel momento la luna se había ocultado detrás de la nube; así que apenas si se distinguía la oscura sombra de los árboles.

»De repente lancé un grito de satisfacción al ver que una pequeñísima llama amarillenta había roto el negro velo de la noche y brillaba en el centro del cuadro formado por el marco de la ventana.

»—¡Ahí está!—exclamé.

»—¡No, señor, no, no es nada!—interrumpió Barrymore. Le aseguro á usted que...

»—Mueva usted la luz, Watson, de un lado á otro—dijo sir Henry.—¡Mire, mire, también la otra se mueve! Vamos, grandísimo bribón, ¿negará usted todavía que esa es una señal? ¡Ea, á hablar! ¿Quién es el cómplice que está allá fuera y qué conspiración es esta que ustedes fraguan?

»La mirada de Barrymore perdió su expresión de terror.

»—Eso—dijo con desenfado—tiene que ver conmigo y no con usted. No lo diré.

»—¿No? Váyase usted de mi casa inmediatamente.

»—Está muy bien, sir Henry; me iré con mi mujer.

»—Y se irá usted deshonorado. Más de cien años hace que su familia sirve á la mía, y le encuentro á usted aquí tramando una conspiración contra mí.

»—¡Ah, no señor! No, no es contra usted...

»Estas palabras fueron pronunciadas por una mujer. Nos volvimos con cierto asombro y nos encontramos con que mistress Barrymore estaba en la puerta. Su abultada figura envuelta en un gran mantón hubiera resultado muy cómica si la intensa emoción retratada en su semblante no hubiera quitado las ganas de reirse.

»—Estamos despedidos, Mary—dijo su marido.—Sir Henry desea que marchemos cuanto antes.

»—¡Ay, Dios mío!—exclamó,—¿será verdad? Y el caso es, sir Henry, que yo sola tengo la culpa de todo lo que ha sucedido. Barrymore ha obrado única y exclusivamente por complacerme á mí.

»—Hable usted y sepamos—dijo sir Henry con severidad.—¿Qué significa todo esto?

»—Señor, es que mi desgraciado hermano perece de hambre en el páramo. ¿Cómo habíamos de consentir que se muriese á las puertas de casa solo, abandonado y hambriento? La luz sirve para avisarle que tendrá comida, y él responde con otra luz diciendo á dónde se la hemos de llevar.

»—De modo que su hermano es...

»—Sí, señor, el presidiario que se fugó de Princetown.

»—Esa es la verdad, sir Henry—exclamó Barrymore.—Yo dije que el secreto no era mío, y que por eso no podía revelarlo. Pero ahora que ha oído usted la explicación se convencerá de que no existía ningún plan en contra de usted.

»Esto es, pues, lo que hay de cierto en lo que se refiere á las visitas nocturnas de Barrymore. Sir Henry y yo contemplábamos á la mujer del criado con mudo asombro. ¿Sería posible que una persona tan honrada como ella lleve en sus venas la misma sangre de un desalmado criminal?

»—Sí, señor—continuó diciendo,—es mi hermano menor. Le mimábamos mucho de niño, dándole todos los gustos y caprichos, hasta que llegó á creer que el mundo se había creado sólo para él y que pe-

día hacer todo cuanto se le antojase. A medida que fué creciendo se unió con malas compañías, le tentó el demonio... mi pobre madre murió de pena y nuestro apellido quedó deshonrado y por los suelos. De crimen en crimen fué de mal en peor, hasta que la merced de Dios le ha librado del cadalso. Y, sin embargo, señor, para mí será siempre el mismo; siempre le recordaré como era de pequeño, cuando yo le mimaba y jugaba con él para entretenerle. Dice que por eso se fugó de la cárcel. Sabía que vivíamos aquí y también que no nos negaríamos á ayudarle. Cuando casi arrastrándose llegó aquí una noche perseguido por la fuerza pública, fatigado y medio muerto de hambre, ¿qué habíamos de hacer? Le admitimos, le dimos de comer y le cuidamos. Luego vino usted, y entonces mi marido creyó prudente que saliera de casa y fuera á ocultarse en alguno de los escondrijos del páramo. Cada dos noches, y por medio de la luz, nos asegurábamos de que estaba aún allí. Si contestaba á la señal, mi marido salía á llevarle pan y carne. Esperábamos que se hubiera ido de un momento á otro, pero mientras permaneciese en el páramo no teníamos valor para abandonarle. Esta es la pura verdad de todo cuanto ha sucedido, señor, y por ella espero se convencerá usted de que no es mi marido, si no yo, quien tiene toda la culpa. Todo cuanto ha hecho ha sido por mí.

»—¿Es cierto todo eso, Barrymore?

»—Sí, señor; todo.

»—En ese caso nada tengo que decir. No puedo

arear su conducta, porque no ha hecho usted otra cosa que ayudar á su mujer. Olvide usted lo de antes. Retírense á su habitación y mañana hablaremos del asunto más detenidamente.

»Cuando se marcharon nos acercamos otra vez á la ventana.

»Sir Henry la abrió y el frío de la noche vino á dar de lleno en nuestros semblantes. Allá á lo lejos ardía aún aquella pequeñísima llama.

»—No sé cómo se atreve á tener luz—dijo sir Henry.

»—Tal vez la vela esté colocada de manera que sólo se vea desde aquí.

»—Es lo más probable. ¿A qué distancia cree usted que se hallará del castillo?

»—Debe estar cerca del Cleft Tor.

»—¿A una milla aproximadamente?

»—No tanto.

»—Es verdad. No puede estar muy lejos, cuando Barrymore tenía que llevarle alimentos. Y está aguardando allí, al lado de su luz. ¿Por qué no hemos de salir á prenderle, Watson?

»Se me había ocurrido la misma idea. Si los Barrymore se hubieran fiado de nosotros, no nos hubiéramos entrometido. Pero habíamos tenido que obligarles materialmente á que confesasen la verdad. El criminal que andaba ocultándose de la justicia era un peligro para la sociedad, un malvado sin freno á quien no se podía compadecer ni disculpar. Nuestro deber era prenderle y ayudar á en-

rrarle de nuevo donde no pudiera hacer daño á nadie. Dados sus perversos instintos, ¿qué podía esperarse de él dejándole en libertad? Cualquier noche, por ejemplo, podía darle la ocurrencia de atacar á los Stapleton. Tal vez fuera esta misma idea la que animó á sir Henry á emprender la aventura.

»—Cuando usted quiera—dije.

»—Pues no perdamos el tiempo. Coja usted el revólver y vámonos cuanto antes. Puede apagar la luz de un momento á otro y marcharse.

»Cinco minutos más tarde salíamos por la puerta para emprender la expedición.

»A toda prisa atravesamos el plantío de arbustos entre el misterioso quejido del aire de otoño y el susurro de las hojas que caían. La atmósfera estaba cargada de humedad. De vez en cuando la luna asomaba su blanca faz por entre las nubes, y en el momento que salíamos al páramo comenzó á caer una lluvia menuda. A lo lejos seguía brillando la luz.

»—¿Lleva usted armas?—pregunté.

»—Llevo un garrote.

»—Tendremos que caer sobre él de improviso, porque dicen que es muy osado. Si es posible, procuraremos cogerle uno por cada lado. De este modo será nuestro antes de que piense en resistir.

»—Oiga usted, Watson—exclamó luego sir Henry,—¿qué diría Holmes si nos viese ahora? Páreceme que hacemos caso omiso de eso de las negras horas de la noche, cuando los poderes del mal están en libertad.

»Como si fuera una contestación á sus palabras dejóse oír de pronto, entre las negras tinieblas del páramo, aquel extraño ruido que yo oí, como le dije á usted, en las orillas del charco de Grimpen. Esparcido por el aire de la noche parecía llenar todo el páramo. Comenzando en prolongado y profundo murmullo convertíase luego en fuerte y desesperado aullido, para quedar reducido á un quejido tristísimo, hasta irse apagando poco á poco. Una y otra vez dejóse oír, pero más sombrío, más impresionable, más desencadenado y siniestro. Sir Henry me cogió del brazo. A la luz de la luna se destacaba la lividez de su semblante.

»—¡Cielos!—exclamó.—¿Qué es esto, Watson?

»—No lo sé. Es un ruido que se oye á veces en el páramo. Yo lo he oído antes.

»El ruido se apagó para dar paso á un silencio sepulcral. Escuchamos con atención, pero ya no se oía nada.

»—Watson—dijo sir Henry,—eso ha sido el aullido de un perro.

»La sangre se me heló en las venas al notar la emoción de su voz, lo cual indicaba que un horror invencible se había apoderado de su ánimo.

»—¿Qué dicen de este ruido?

»—¿Quién?

»—La gente del páramo.

»—Son unos ignorantes. ¡Qué caso hay que hacer de lo que dicen!

»—Dígame usted.

»Vacilé, pero no hallaba manera de eludir la pregunta.

»—Dicen—contesté—que es el aullido del perro de los Baskervilles.

»Sir Henry suspiró y tardó unos momentos en contestar.

»—Perro era—dijo por fin,—pero parecía venir de muy lejos.

»—Es muy difícil decir de dónde venía.

»—Parecía como si el viento le trajese en sus alas. ¿No está en aquella dirección el charco de Grimpen?—dijo extendiendo el brazo.

»—Sí, en esa dirección está.

»—Pues desde allí venía. Vamos, Watson, hable con franqueza. ¿No cree usted también que fué el aullido de un perro? No me trate usted como á un chiquillo.

»—Conmigo estaba Stapleton cuando yo lo oí—contesté—y él dijo que podía ser el quejido de algún pájaro extraviado.

»—No, no; era el aullido de un perro; seguro estoy. ¡Dios mío, si habrá algo de verídico en las historietas que se cuentan! ¿Será posible que exista ese misterioso peligro? Usted no lo cree, ¿verdad, Watson?

»—De ninguna manera—respondí resueltamente.

»—Sin embargo, una cosa era reírse de todo ello allá en Londres y otra el oírlo aquí, en el centro de este siniestro páramo. Luego la misteriosa muerte de mi tío, las huellas del perro que vió el doctor nolejos

del cadáver... todo parece indicar que existe algo. No me tengo por cobarde, Watson; pero, francamente, confieso que ese ruido me ha dejado estupefacto. Tome usted mi mano.

»Estaba fría como el mármol.

»—Ya pasará esa impresión—dije.

»—Lo que no pasará es el recuerdo de ese ruido. ¿Qué le parece á usted que hagamos?

»Hubo un momento de silencio, que terminé diciéndolo á sir Henry:

»—¿Quiere usted que nos volvamos atrás?

»—No. Hemos venido con objeto de prender á ese hombre y lo haremos. Nosotros venimos persiguiendo á un criminal y á nosotros nos persigue un perro, según parece. Vamos. Aunque anduvieran por el páramo todos los perros del infierno estoy resuelto á no retroceder.

»Tropezando á cada momento con las piedras esparcidas por el páramo, proseguimos nuestro camino, envoltos en la más impenetrable obscuridad, dejando atrás las escabrosas cimas de las cuevas y montecillos y teniendo delante la pequeñísima luz amarillenta.

»Nada hay tan engañoso como la distancia de una luz en una noche oscura. A veces parecía estar muy lejos de nosotros; otras á pocos metros. Pero por fin llegamos á donde se distinguía el punto del cual procedía el débil resplandor. Estaba á pocos pasos de donde nos hallábamos.

»En una grieta de las peñas había colocado un

trocito de vela. Dos grandes rocas lo flanqueaban por ambos lados, protegiendo la luz contra el aire é impidiendo que se viera en otra dirección que no fuese en la del castillo Baskerville. Un enorme pedrusco de granito ocultaba nuestra presencia, y acurrucándonos detrás de él esperamos tranquilamente. Extraordinariamente siniestra parecía aquella luz allí en el centro del páramo, solitaria, sin señal ninguna de vida en derredor.

»—¿Qué haremos ahora?—preguntó sir Henry.

»—Esperar aquí; no debe de estar lejos.

»Apenas había yo pronunciado estas palabras, cuando vimos al criminal. Por encima de las rocas, en cuya grieta ardía la vela, asomó una cara contraída por las viles pasiones; un rostro brutal, casi salvaje. Una barba enmarañada y salpicada de lodo; una cabeza deforme, coronada por desgredada cabellera... Todo el aspecto, en fin, de un hombre de la peor catadura. La luz de la vela se reflejaba en sus ojillos penetrantes y feos, que miraban de un lado á otro como un animal astuto que ha oído el paso del cazador.

»Sin duda, alguna cosa había despertado sus sospechas. Podía ser que Barrymore acostumbrara hacer alguna señal que nosotros desconocíamos ó que algo extraño había observado él aquella noche, el caso es que el hombre parecía temer algún peligro cercano. La siniestra procelosa expresión de su semblante demostraba bien claramente que no las tenía todas consigo.

»Pensando que de un momento á otro podía apagar la luz y desaparecer en las tinieblas, salí bruscamente de mi escondite y sir Henry hizo lo mismo. El presidiario, al vernos, cogió una enorme piedra, y lanzando una blasfemia horrible, mezclada con una maldición, la arrojó hacia nosotros, pero se hizo pedazos contra el guijarro que nos había protegido. A mis ojos apareció la silueta de un hombre grueso y rechoncho en el momento de echar á correr, cuando la luna salía por entre un grupo de nubes. Corrimos á la cima del montecillo y allí estaba nuestro hombre bajando apresuradamente por el otro lado. Un afortunado disparo de mi revólver le hubiera alcanzado indudablemente; pero lo llevaba para defenderme en caso necesario, y no lo quise emplear para herir á un hombre que huía desarmado.

»Tanto sir Henry como yo corrimos bien, pero pronto pudimos convencernos de que era imposible alcanzarle. A la luz de la luna le pudimos distinguir durante un buen rato, hasta quedar reducida su figura á una manchita negra que saltaba velozmente de guijarro en guijarro por la lejana cuesta. Jadeantes y fatigados abandonamos la caza y nos sentamos en una roca.

»En el momento precisamente de levantarnos ocurrió la cosa más extraña é inesperada del mundo. La luna levantábase á nuestra derecha, y el escabroso pico de un montecillo de granito destacábase sobre la curva inferior del plateado disco. En aque-

lla cima, negra cual una estatua de ébano, ví dibujarse la figura de un hombre. No crea usted, mi querido Holmes, que fué ilusión. Nunca en mi vida he visto nada con mayor claridad. Juraría que era un hombre alto y delgado. Estaba de pie, con las piernas algo separadas, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada en actitud meditabunda, como si se propusiera penetrar los misterios de aquel extenso desierto de granito y el negruzco pantano que se agita á sus pies. Casi casi parecía el rey de tan siniestro lugar. No era el presidiario. Este marchaba en muy opuesta dirección á aquella en que se encontraba el hombre del montecillo, el cual era de mayor estatura. Lanzando una exclamación de asombro me volví hacia sir Henry para ver si se había fijado en aquel individuo; mientras tanto éste desapareció.

»Yo quería haber ido al montecillo para examinar su cima, pero estaba muy distante de nosotros. Los nervios de sir Henry habían sufrido una sacudida terrible con el misterioso ruido que traía á su mente toda la negra historia de su familia, y no tenía ánimo para emprender nuevas aventuras. El no había advertido la presencia de aquella visión, ni pudo, por tanto, sentir el estremecimiento que á mí me causó.

—Sería algún guardia—dijo.—Ya sabe usted que abundan en el páramo desde que el presidiario se escapó de la cárcel.

»Tal vez estaría en lo cierto, pero quisiera tener

otras pruebas. Hoy pensamos dirigirnos al jefe de Princetown para decirle en qué parte del páramo debe ser buscado el presidiario, pues hemos desistido de la idea de prenderle nosotros.

»Tales son las aventuras de anoche, y no negará usted, mi querido Holmes, que se las he referido con todos sus detalles. Tal vez no ofrezca interés ninguno para usted la mitad de lo que he escrito, pero me pareció que no debía ocultar nada para que pueda usted elegir lo que más le convenga. No puede negarse que adelantamos algo.

»En cuanto á los Barrymore, hemos descubierto las causas de su manera de proceder, lo que explica por lo menos uno de los misterios.

»En cambio, el páramo, con sus secretos y sus extraños habitantes, permanece tan impenetrable como el primer día, como siempre. Acaso en mi próxima pueda explicar también algo de esto, aunque mejor sería que viniese usted para animarnos con su presencia.»

X

Vengo exponiendo hasta aquí los relatos que envié á Sherlock Holmes durante los primeros días de estancia en el castillo; pero llego ahora á una parte de mi narración, en la que me veo obligado á abandonar tal sistema, para confiarme de nuevo á mi memoria con ayuda del *Diario* que escribí en aquella época. Empiezo, pues, desde la mañana siguiente á la noche en que perseguimos al presidiario.

16 de Octubre.—Día de niebla, triste y lluvioso. Espesos grupos de pardas nubes envuelven la casa como en una capa oscura, desapareciendo sólo de cuando en cuando para dejar al descubierto las sinistras curvas del páramo. Tan abatidos y melancólicos estamos dentro de la casa como tristón está el exterior. Sir Henry parece como si evocara el recuerdo de las emociones de anoche. Está pensativo y silencioso. Por mi parte siento un peso en el corazón. Sin duda es el presentimiento de un peligro que nos amenaza, tanto más terrible cuanto no puede definirse.

¿Acaso no hay motivos de sobra para el presentimiento? Hay que tener en cuenta la larga y conti-